

tambien puede hacer dos, y tres, y ciento: dígolo, porque mi señora la duquesa, á fe que no va en zaga á mi ama la señora Dulcinea del Toboso." Volvióse Don Quijote á la duquesa, y dijo: "Vuestra grandeza imagine que no tuvo caballero andante en el mundo escudero mas hablador ni mas gracioso del que yo tengo, y él me sacará verdadero, si algunos dias quisiere vuestra gran celsitud servirse de mí." Á lo que respondió la duquesa: "De que Sancho el bueno sea gracioso, lo estimo yo en mucho, porque es señal que es discreto; que las gracias y los donaires, señor Don Quijote, como vuesa merced bien sabe, no asientan sobre ingenios torpes: y, pues el buen Sancho es gracioso y donairoso, desde aquí le confirmo por discreto.—Y hablador, añadió Don Quijote.—Tanto que mejor, dijo el duque; porque muchas gracias no se pueden decir con pocas palabras; y, por que no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el gran caballero de la Triste Figura.....—*De los Leones*, ha de decir vuestra alteza, dijo Sancho, que ya no hay *Triste Figura*: el *Figuro* sea el *de los Leones*." Prosiguió el duque: "Digo, que venga el señor caballero de los Leones á un castillo mio, que está aquí cerca, donde se le hará el acogimiento que á tan alta persona se debe justamente, y el que yo y la duquesa solemos hacer á todos los caballeros andantes que á él llegan." Ya, en esto, Sancho habia aderezado y cinchado bien la silla á Rocinante; y, subiendo en él Don Quijote, y el duque en un hermoso caballo, pusieron á la duquesa en medio, y encaminaron al castillo. Mandó la duquesa á Sancho que fuese junto á ella, porque gustaba infinito de oír sus discreciones. No se hizo de rogar Sancho, y entretéjióse entre los tres, y hizo cuarto en la conversacion, con gran gusto de la duquesa y del duque, que tuvieron á gran ventura acoger en su castillo tal caballero andante y tal escudero andado.

CAPÍTULO XXXI.

Que trata de muchas y grandes cosas.

SUMA era la alegría que llevaba consigo Sancho, viéndose, á su parecer, en privanza con la duquesa, porque se le figuraba que habia de hallar en su castillo lo que en la casa de Don Diego y en la de Basilio, siempre aficionado á la buena vida; y así, tomaba la ocasion por la melena en esto del regalarse cada y cuando que se le ofrecia. Cuenta, pues, la historia que, antes que á la casa de placer ó castillo llegasen, se adelantó el duque, y dió orden á todos sus criados del modo que habian de tratar á Don Quijote, el cual, como llegó con la duquesa á las puertas del castillo, al instante salieron dél dos lacayos ó palafreneros, vestidos hasta en piés de unas ropas que llaman *de levantar*, de finisimo raso carmesí, y, cogiendo á Don Quijote en brazos, sin ser oído ni visto, le dijeron: "Vaya la vuestra grandeza á apear á mi señora la duquesa." Don Quijote lo hizo, y hubo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso; pero, en efecto, venció la porfia de la duquesa, y no quiso decender ó bajar del palafren sino en los brazos del duque, diciendo que no se hallaba digna de dar á tan gran caballero tan inútil carga. En fin, salió el duque á apearla, y, al entrar en un gran patio, llegaron dos hermosas doncellas, y echaron sobre los hombros á Don Quijote un gran manton de finísima escarlata, y en un instante se coronaron todos los corredores del patio de criados y criadas de aquellos señores, diciendo á grandes voces: "¡Bien sea venido la flor y la nata de los caballeros andantes!" y todos, ó los mas, derramaban pomos de aguas olorosas sobre Don Quijote y sobre los duques, de todo lo cual se admiraba Don Quijote;